

CAPÍTULO XIII

ORADORES. — HOMBRES DE ESTADO. — POLÍTICOS. — FILÓSOFOS. — SABIOS. —
 ESCRITORES EXTRANJEROS DE LENGUA FRANCESA

- I. — ORADORES. — Napoléon. — Villèle. — Neuville. — Chateaubriand. — De Serre. — Jordan. — Benjamin Constant. — Lainé. — Royer-Collard. — Manuel. — V. de Broglie. — Général Foy. — Casimir Périer. — Montalembert. — Berryer. — Guizot. — La Fayette. — V. Hugo. — Dufaure, etc.
1848. Lamartine. — Michel de Bourges. — Louis Blanc. — Ledru-Rollin. — Falloux. — Baroche. — Rouher. — Jules Favre. — E. Picart. — Emile Ollivier. — Jules Simon. — Thiers.
- DESPUÉS DEL IMPERIO. — Jules Grévy. — Madier de Montjau. — A. de Broglie. — Audiffret-Pasquier. — Buffet. — Chesnelong. — Dupanloup. — Gambetta. — Paul Bert. — Challemel-Lacour. — Waldeck-Rousseau. — Goblet. — Jules Ferry. — Freycinet. — Méline. — Clemenceau. — De Mun. — Ribot. — Paul Deschanel. — Bourgeois. — Poincaré. — Barthou. — Millerand. — Jaurès.
- ELOCUCIÓN DEL FORO. — Dufaure. — Berryer. — Thiers. — Dupin. — Chaix d'Est-Ange. — Floquet. — Lachaud. — Allou. — Rousse. — Barboux. — Pouillet. — Demange.
- PROFESORES Y CONFERENCISTAS. — Patin. — Saint-Marc Girardin. — Philarète Chasles. — Ozanam. — Edgar Quinet. — Michelet. — Renan. — Caro. — Larroumet. — Brunetière. — Lavissee. — Faguet. — Legouvé. — Sarcey.
- ELOCUCIÓN SAGRADA. — Frayssinous. — M^{sr} Dupanloup. — El P. Ravignan. — El P. Lacordaire, el hombre y el orador. — El P. Hyacinthe. — El P. Monsabré. — M^{sr} d'Huslt. — M^{sr} Freppel. — Cardenal Lavignerie. — El P. Didon.
- II. — ESCRITORES POLÍTICOS. — De Bonald. — Royer-Collard. — Benjamin Constant. — P.-L. Courier. — Casimir Périer. — V. de Broglie. — Cormenin. — Berryer. — Michel de Bourges. — Dufaure. — Jules Favre. — Montalembert. — Falloux. — De Laboulaye. — Ledru-Rollin. — Buffet. — A. de Broglie. — E. Picart. — Challemel-Lacour. — Boutmy. — *Políticos del día*: De Mun. — Ribot. — Freycinet. — Clemenceau. — Brisson. — Poincaré. — Léon Bourgeois. — Jaurès. — Méline. — Louis Barthou. — Deschanel. — Leygues. — Caillaux. — Trouillot. — Pichon, etc.
- III. — SOCIÓLOGOS. — Saint-Simon. — Fourier. — Auguste Comte. — Littré. — Proudhon. — Michelet. — Le Play. — Laffitte. — Bastiat. — Frédéric Passy, etc.
- IV. — FILÓSOFOS. — Destutt de Tracy. — Laromiguière. — Maine de Biran. — Ballanche. — Joubert. — Victor Cousin. — Jouffroy. — Pierre Leroux. — Vacherot. — Jules Simon, el hombre y el escritor. — Théodule Ribot. — Taine. — Abate de Broglie. — El P. Gratry. — Secrétan. — Levêque. — Ravaisson. — Caro. — A. Fouillée. — Guyau. — Lachelier. — Renouvier. — Ollé-Laprune. — Paul Janet. — Boirac. — Brochard. — Lévy. — G. Brühl. — G. Lyon. — Séailles, etc.
- V. — MORALISTAS. — Schérer. — E. Legouvé, el hombre y el escritor. Otros varios.
- VI. — PEDAGOGÍA. — V. Duruy. — Jules Simon. — Bersot. — Legouvé. — Lavissee. — Liart. — Dupanloup. — El P. Didon. — Compayré. — Octave Gréard.
- VII. — LA LITERATURA CIENTÍFICA. — Los astrónomos. — Monge. — Laplace. —

Arago. — Geólogos y geógrafos: De Beaumont. — Lapparent. — Elisée Reclus. — Físicos: Fourier. — Ampère. — Fresnel. — Geoffroy Saint-Hilaire. — D'Arsonval. — Químicos: J.-B. Dumas. — Wurtz. — Berthollet. — Sainte-Claire Deville. — Berthelot. — Pasteur. — Naturalistas: Lacépède. — Lamarck. — Cuvier. — Flourens. — Quatrefages. — Fisiólogos: Claude Bernard. — Paul Bert. — Vulpian. — Richet. — Sadi Carnot. — Duclos, etc. — Matemáticos: Billot. — M. Chasles. — J. Bertrand, etc.

VIII. — FILOLOGÍA. — Fauriel. — Raynouard. — Paulin Paris. — Gaston Paris, Bréal. — Renan, etc.

IX. — LA LENGUA FRANCESA EN EL EXTRANJERO. — La Alianza francesa para la propagación de la lengua y de la influencia francesa á través del mundo. — Las misiones. — El comité francés de las exposiciones en el extranjero. — Periódicos extranjeros en lengua francesa: En Bélgica. — En Suiza. — En Roumania. — En Argelia. — En la América del Sur. — En Haití. — En el Canadá. — Conclusión.

I. — « Mientras yo tenga una espada al cinto, cuento con poder cortarles la lengua », escribía Napoleón á Cambaceres á propósito de los abogados de París, de los que sólo habían votado en favor del Imperio tres sobre doscientos, y, en efecto, hubo tres ó cuatro asambleas políticas bajo el Consulado y el Imperio, pero no hubo oradores, ó mejor dicho, no hubo más que uno, del mismo modo que no hubo más que un legislador, y fué Napoleón. Sus primeras proclamas al ejército de Italia están escritas en el estilo de los Montañeses, de los demócratas antiguos. Aprendió muy pronto el arte de reproducir en cuadros de apoteosis lo que se acaba de realizar y lo que quedaba por hacer. El genio, cerniéndose sobre el ejército, iba delante guiándole; los muertos gloriosos salían de las tumbas para verlo pasar, entre ellos los romanos y Alejandro; he aquí las imágenes que evoca el Cónsul. En Alemania, antes y después de Austerlitz, el emperador sonríe ante el orgullo de sus hijos. Después del regreso de Rusia, donde fué vencido por los elementos y las distancias, Napoleón en sus proclamas parece hacer aún el gesto tranquilizador que David le atribuye en la *Distribución de las Banderas*.

Después de la Campaña de Francia, el tono se torna rencoroso, salvo en su conmovedora despedida de Fontainebleau. Al regreso de la isla de Elba, no emplea sino la grandilocuencia; su gesto de « rey constitucional » es embarazoso, y su elocuencia, incorrecta.

Las Cámaras de la Restauración fueron la escuela de la elocuencia política; en ellas fué poco espontáneo el arte de los oradores; componían de antemano y leían en la tribuna. Los discursos siguen las reglas de la retórica: proposiciones, divisiones, censuras, y atrevimientos envueltos en fórmulas restrictivas. Es el asilo del arte clásico; el romanticismo hubiera sido mal recibido por su falta de formas. Los oradores técnicos fueron entonces numerosos y competentes, cosa que se olvida hoy; tal es el destino de las exposiciones técnicas aún las

más gustadas y aplaudidas por los contemporáneos son las primeras en perecer y se borran por completo.

Selección social, hecha por elementos selectos, pares y diputados representaron, por lo menos de palabra, todos los sentimientos y todos los pensamientos de que tenía entonces conciencia el reino de Francia. La estrecha mentalidad de la derecha tenía sus oradores y no de los menos disertos. Muchos doctrinarios, ampliando por sí mismos el papel que les habían confiado unos colegios electorales tan restringidos, hicieron resonar en la tribuna todas las voces de la patria. Si se recorriesen nuevamente uno á uno todos los grandes debates de aquella época, se vería qué variedad y qué fecundidad tenía entonces la vida parlamentaria. Liberales de la Izquierda y « Jacobinos de la Derecha » podían ya experimentar la vida intensa de una nación á la vez antigua y nueva formada por completo de tradiciones y enteramente rejuvenecida.

Si no se hizo política brillante en todos los campos, hubo en todos ellos, hermosos caracteres y grandes talentos. Lo que se cita todavía del conde de Villèle (1763-1854), jefe largo tiempo de la derecha y que conservó siete años el poder bajo dos monarcas, muestra aún un vigor seco y frío, una competencia obstinada y llena de precisión. Es el hombre de gobierno que no hace frases.

El barón Hyde de Neuville (1766-1857) no fué gran orador, pero fué uno de esos hombres que representan honrosamente una causa justamente perdida y la defienden en cierta manera con su fidelidad, su abnegación y su clarividencia heroica.

Chateaubriand habló admirablemente y en estilo patético. Su discurso en favor de « su guerra »¹, la guerra de España, está escrito en una lengua clara, firme y con amplia y elevada ironía. Su discurso más famoso es el último de su carrera, el que pronunció en favor de sus príncipes, el 7 de agosto de 1830, después de su caída. Eran inevitables en él algunas vastas imágenes á la manera de David, y las circunstancias eran demasiado agitadas para permitir al orador una composición coherente. Pero precisamente por su desorden y su sencillez — que debió ser un esfuerzo y es aquí un acto de virtud — produce la impresión de la improvisación sincera.

El conde de Serre (1776-1824) que pronunció esta frase vigorosa : « Es indigno de ser un legislador francés, el que desconoce el carácter antiguo, y lejano de la Revolución », pasó sin embargo, en 1820, de la izquierda á la derecha y fué hasta su muerte el orador del partido. Uno de sus contradictores (el duque V. de Broglie) hace notar algo después

1. Aquel petulante y ultravandoso escritor, tan romántico en política como en literatura, hizo enorme daño á España con « su guerra » que, restableciendo el absolutismo, paralizó el progreso y la cultura españoles, enviando á presidio y desterrando á literatos, humanistas y hombres de valer, cerrando las universidades y creando escuelas de tauromaquia. (N. del T.)

de haberle oído : « Hizo frente á todo y á todos con un grado de intrepidez, de sangre fría, de presencia de ánimo y de oportunidad que no han sido tal vez igualados nunca, ni sobrepujados jamás en ninguna asamblea deliberante : volviendo golpe por golpe, razón por razón, sarcasmo por sarcasmo, invectiva por invectiva ; y algunos años más tarde, un crítico de carácter generalmente apacible, Sainte-Beuve, le pintó en estos términos, raros bajo su pluma : « Esa gran alma oratoria de mucho aliento, de dilatado golpe de vista y de inspiración palpitante y apasionada, una de esas aves de alto vuelo que nunca se ciernen más alto que en medio de la tempestad. »

Los oradores liberales fueron numerosos. Jordan hablaba con una facundia y una claridad realizadas por una viva ironía. La última vez que apareció en la tribuna, fué para medir sus fuerzas con el Sr. de Serre y se pudo notar muy bien que la más grande elocuencia política no consiste siempre en las palabras.

Benjamín Constant (1767-1830) que, con la misma pluma, escribió novelas individualistas y constituciones monárquicas, anduvo siempre buscando su camino y sus principios. Fué un caso psicológico : sus facultades eran superiores á sus procedimientos, y su influencia resultó superior á sus recursos. Su palabra fué inquieta, llena de fuego, de sensibilidad intensa y á veces insolente.

Lainé (1767-1833) obtuvo la admiración de Lamartine.

Royer-Collard será ante la posteridad el orador de la Restauración. Sus contemporáneos le juzgaron ya como tal : fué elevado á la presidencia de la Cámara de los diputados por haber sido elegido por siete colegios á la vez. Habiendo pasado por las asambleas de la Revolución, y habiendo empleado sus forzados ocios bajo el Imperio, en trabajos de historia y de filosofía, se halló enteramente formado para la elocuencia política que renacía. Jefe de los Doctrinarios, si fué el creador del eclecticismo filosófico, tuvo doctrinas en política y, en el sentido parlamentario de la palabra, ideas. Tuvo el culto de la igualdad civil, del gobierno representativo y de la Carta, y fué el orador más completo por el brillante equilibrio de sus fuerzas intelectuales y físicas, por el sano vigor de su carácter y de su talento que fueron afirmándose é imponiéndose cada vez más. Su imaginación era brillante. « Brotaban, dice Taine, olas de metáforas, en medio de su razonamiento, sin ahogarlo ni debilitarlo. » Ya se halle en una tribuna ó en un sillón, se muestra hombre de imaginación ; « además generaliza, prueba y arrastra ». En el mismo grupo doctrinario figuraba el Sr. de Martignac, igualmente honrado, de menos poder oratorio, más fino, más sonriente, pero capaz en ocasiones de la más caballeresca generosidad.

Algo más á la izquierda, encontramos á Manuel, al duque V. de Broglie y al general Foy.

¿No será Manuel para la historia, sino el *expulsado*? «Era, ha dicho el duque V. de Broglie, un hombre de carácter elevado, de gran valor y de un desinterés á toda prueba, más revolucionario por las circunstancias que por su naturaleza, más demócrata por su posición que por prejuicios y más bien demagogo por su talento que por excitación.»

La Cámara de diputados era entonces un salón al que se asistía en traje de protocolo, y se comprende que en las famosas sesiones de la expulsión (porque el incidente ocupó dos sesiones), una apreciación presentada sin las reticencias áulicas pudiera molestar á la derecha, que se preocupaba mucho por la respetabilidad monárquica.

El duque V. de Broglie, excelente orador, dotado de medianas facultades, de tono algo altanero y respetado por sus obras filantrópicas, tomó por su cuenta el tema de Manuel, é hizo oír á los Ultras, satisfechos con su venganza, la misma lección. Su palabra concisa y armoniosa, gracias á su luminoso buen sentido, fué escuchada y aplaudida.

El general Foy es la más original y la más popular fisonomía de las Cámaras de la Restauración. Se admite de ordinario que, puesto que era soldado, su elocuencia debió ser inelegante y ruda. Fué sencillo, pero reflexivo y muy hábil. Se acordó de su oficio de soldado para reservarse la especialidad de los asuntos militares, pero ¡con qué ciencia oratoria y parlamentaria! El principio de sus discursos muy insinuante, plantea la cuestión como sus adversarios, y parece darles la razón; desarrolla su tesis hasta el punto de producir esta ilusión: se ha convertido, murmuran. De pronto, se para en una palabra, intenta proseguir, pero no, y de repente aparece la tesis inadmisibile. Entonces lleno de vivacidad y calor, satisfecho de haberse desembarazado del peso de una duda, con el fuego mismo de la improvisación, presenta su doctrina y concluye de un modo patético. Esta es la acción oratoria, que se prolonga más allá del recinto de una asamblea. Por su lealtad, por su bravura de orador y de soldado, por el ingenio de sus réplicas rotundas, había conquistado Foy una inmensa fama, á la que contribuía la autoridad de su ademán. Cuando murió, en 1825, París se desquitó de no poseer las cenizas del emperador, haciendo grandiosos funerales á aquel general de brigada, y Francia dotó generosamente á sus hijos.

Bajo la monarquía de Julio, fueron también numerosos los oradores, pero rivalizaron poco con sus ilustres precursores: hubo menos cuestiones vitales y más debates de negocios; los diputados y los pares fueron elegidos ó nombrados entre los elementos más burgueses; de aquí resultó menos elevación en el tono y menos distinción en la forma.

En primera fila debemos colocar á Casimir Périer, á Montalembert, á Berryer, á Guizot, á Thiers y á Lamartine. Estos dos últimos se dis-

tinguieron sobre todo bajo la segunda República y el segundo Imperio.

Casimir Périer (1877-1832) fué un orador de elocuencia estridente, de ademán altanero y de autoridad inflexible. Aquel temperamento fogoso no era propio de un diplomático. Tal vez no hubiera tardado en gastarse ó en hastiarse.

El conde Charles de Montalembert (1810-1870) es, en la historia política del siglo XIX, el primero de los oradores católicos. Hasta se le ha llamado «un doctrinario clerical». Sin embargo no dogmatizó. Su elocuencia grave, la dignidad mesurada de su actitud, de su ademán de patricio inglés, su voz clara y su noble estilo brillaron lo mismo en los grandes debates sobre Polonia, sobre Irlanda ó á propósito de la derrota del Sonderbund en 1848, que en las discusiones sobre la política religiosa y las demás de los ministerios franceses.

Berryer (1790-1868) había figurado también en excelente escuela, bajo un padre abogado, tomando parte en la defensa del mariscal Ney y del general Cambronne y, cuando se haga la historia de la elocuencia judicial, ocupará el primer puesto. No obstante grandes diferencias, pertenece á la familia oratoria de los Mirabeau, de los Danton y de los Gambetta. Poseía las cualidades físicas y todos los dones del tribuno: cabeza hermosa, gesto simpático, triunfadoras réplicas, imaginación arrebatadora, convicción sólida y patriotismo vibrante. Á pesar de estar dotado de suficiente energía interior y de acción vigorosa, se mostraba á veces en extremo sencillo. En las sesiones, Berryer se confiesa, hace el examen de sí mismo y se analiza. Cuenta sus razonamientos y sus dolores. Se le escuchaba como á quien lleva algo en el corazón. El gobierno del Príncipe-Presidente, pedía la revisión de la Constitución de 1848. Berryer, que había aceptado en un principio la República, se asustó y este campeón del partido borbónico, exclamó:

«Decís que sois pueblo; sois el hijo de vuestras obras, como yo de las mías; soy plebeyo como vos y formo parte del pueblo como vos; no le sirvo menos que vos; me acerco á él, le socorro y le compadezco tanto como vos. Conozco á ese pueblo que no cederá á esas excitaciones funestas, repasaré sus recuerdos ¡los hay recientes! interrogaré á los recuerdos de sus padres, examinaré lo que ha habido de miserias, de sufrimiento, de extravío, de vergüenza cuando se dejó arrastrar por la voz de esos hijos de la duda que pretenden ser la razón misma. ¿Y nosotros? ¿y nosotros amigos míos? ¿Podría decirse con verdad, que nosotros también, á pesar nuestro, seríamos, según pretenden, iguales á vosotros? ¿Y por qué?... (Berryer resume los argumentos de los republicanos, y luego continúa.) Durante mi existencia he atravesado cuatro grandes formas de gobierno. Llegado á la adolescencia bajo el Imperio, mi ardor juvenil se sintieron entusiasmados por aquella situación que llevaba tan lejos y colocaba tan alta la grandeza del nombre de la nación en medio de la cual había yo nacido. ¡Ah!

eso me sedujo; era muy imperialista á los veinte años. ¡ Oh! ¡ la gloria del Imperio! ¡ Salí del colegio al tronar de los cañones de Jena! y ¿ qué cabeza no se hubiera sentido embriagada entonces? Pero he visto, entonces estudiaba... he empezado á comprender, he sentido el despotismo y me ha parecido odioso. No esperé su caída; tengo aquí á mis amigos de la infancia que saben que antes de la caída del Imperio, les decía: No os dais cuenta de vuestro gobierno; ¡ es odioso, é intolerable! ¡ la gloria no puede encubrir eso!

(Volviéndose hacia el Sr. de Granville.) Tu eres testigo de ello... (Profunda agitación.) Señores, os pido perdón por la familiaridad de mi lenguaje... (Traza luego el cuadro de la sucesión de los reyes de Francia y añade:) Entonces he sido realista, realista por principios, realista nacional, realista (permítaseme la palabra, no riáis porque heriríais con vuestra risa el más verdadero, el más profundo y el más sincero de mis sentimientos) realista porque soy patriota, muy buen patriota...

Quando Berryer hablaba, había que creer en su sinceridad y había que escucharle como se hubiera hecho tratándose de la Francia realista, feliz ó desgraciada ó de la monarquía. Se ha pretendido que esto era simplemente habilidad por parte de aquel representante moderado de un partido que no lo era. No: era cordialidad leal y sencillez patética y en esto se resumía todo el arte de Berryer.

Guizot fué el más ilustre orador del régimen de Julio. Había empezado, según ya he dicho, enseñando en la Sorbona. Sus cursos, atrevida profesión de doctrina liberal, le habían mostrado siempre reservado y sobrio en sus modales; se le había creído frío cuando era simplemente dueño de sí mismo. Puló su estilo en el mármol de la tribuna, como dijo Sainte-Beuve. También le animó y con la edad se reveló toda la belleza expresiva de su elevada personalidad física é intelectual. Decía cierta trágica que hubiera querido representar la tragedia con él, y Royer-Collard, que le oyó antes y después de 1830, llegó á sostener que sus ademanes eran superiores á su palabra, y su palabra á su pensamiento. Todos los testigos hablan de la emoción que difundían sus ardientes ojos. Su plan era tan sólido como sus principios, los cuales tenían la pretensión de ser infalibles; los argumentos de negocios y de estadística formaban un robusto armazón bajo los motivos psicológicos y morales, en los que se difundían las generalizaciones del historiador de la civilización, pero con un acento lleno de fuego.

Si algunos interruptores procuraban turbar aquella pompa serena y dramática, el orador afirmaba su personalidad con vivas declaraciones personales, con abrumadoras réplicas, con improvisaciones fulgurantes.

Volveremos á encontrar á Lamartine y á Thiers. Ahora citaré á los demás oradores del reinado de Luis Felipe. Algunos de ellos tienen por otra parte otros títulos á la atención como, al principio del reinado,

La Fayette, que continuó entonces su táctica de lanzarse á la oposición, apenas triunfaban sus ideas; y como Víctor Hugo, que, frente á Montalembert, hubiera sido bien poca cosa si hubiera sido solo orador.

Muy superiores fueron en el mismo campo, en torno de Thiers, Arago, tan poético y tan literario; Carlos de Rémusat, hombre de mundo sonriente y agradable ironista; Odilon Barrot, á quien se veía siempre con una rosa en el ojal y en actitudes teatrales. Al fin del reinado, fué el héroe de la campaña de los banquetes, poco original pero clarividente.

En el mismo campo, hay que poner más cerca de Thiers por la amistad y el talento, á Dufaure que había empezado su carrera bajo la Restauración y fué ministro de Luis Felipe; es el mismo que sirvió á la Patria y á la Libertad bajo la tercera República. Este vigoroso campesino, de rudas ocurrencias, era la claridad misma en su argumentación de dialéctico y de jurista; hasta llegó á elevarse á una elegancia sencilla y sobria y entró en la Academia francesa. Como alguien se maravillase, el Sr. de Rémusat, que había votado por él, respondió: « Dufaure nos ha dado de la persona de Demóstenes, todo lo que podía darnos un francés del siglo xix. »

Al día siguiente del 24 de febrero de 1848 y hasta el golpe de Estado, la elocuencia francesa se sostuvo en la tribuna por la perseverancia meritoria de los monárquicos fieles y por la llegada tumultuosa de los jóvenes exaltados de la República. Durante algunos días Lamartine los dominó á todos. De Lamartine orador hay que retener algo más que su propósito de *tomar asiento en el techo*, más sobre todo que las profecías fáciles y deprimentes de la campaña de los Banquetes y más aún que su hermosa inspiración sobre la bandera tricolor, el 25 de febrero de 1848. Se estrenó en la Cámara de los diputados en 1833, siendo ya conocido como poeta desde hacía quince años. Inmediatamente fué el poeta orador. Al ver su aristocrático ademán y su hermoso rostro, al oír su voz profunda, desarrollando en frases suaves imágenes grandiosas, ó al verle bajar de la tribuna « anhelante de emoción y espumoso como un noble corcel » ofrecía realmente el espectáculo de la verdadera belleza oratoria y podíase temer, al mismo tiempo que se le aplaudía, que no quedase nada de aquel hermoso espectáculo. A los que hemos leído á nuestros oradores de la tribuna desde 1815, nos ha parecido al oír á Lamartine en las Cámaras del régimen de Julio, que por primera vez se revelaba de pronto la poesía oratoria. No ha habido elocuencia más hermosa: es armoniosa, amplia, tranquila, tierna, risueña, dominadora, humana é inspirada.

Michel de Bourges no hizo más que pasar por la tribuna : abogadito con anteojos « como Thiers », hablaba poderosamente en el estilo de Rousseau. Luis Blanc, en la Constituyente, mostró con elocuencia que se había planteado la cuestión social ; Ledru-Rollin también, tuvo más éxito en la oposición que en el poder ; gordo y corto de brazos, buscaba en las sesiones los efectos de sonoridad é introdujo en ellas los gritos, las palabras, las hipérboles y toda la retórica de las reuniones públicas. Afirma, define sin pruebas y hasta no define, pero saca deducciones con gran aplomo. Pudo hacer algo mejor. Su triunfo es su proceso con Luis Blanc y Caussidière, en que sostuvo casi solo la disputa durante una audiencia de diez y seis horas. Mejor dicho, su triunfo á la vez oratorio y « social » es el sufragio universal cuyo apóstol y fundador es ante la historia.

Entre los oradores de la derecha, casi todos veteranos de las Cámaras y resignados con la República, hubo un recién venido, tan hábil parlamentario como hablador disertado y mesurado, el conde de Falloux.

Á su llegada al poder, el Príncipe-Presidente Luis Napoleón hizo destruir y quemar en su presencia la tribuna de la Asamblea legislativa y entonces abandonaron la política oradores como Guizot, Lamartine, Odilon Barrot, Berryer, Dufaure, Thiers y Montalembert. Muchos otros menos ilustres pero que contribuían á aumentar su fuerza ó su poder, los siguieron en el retiro ó fueron reducidos á prisión ó desterrados.

Hasta el día 10 de marzo de 1861, en que por primera vez se discutió el Mensaje, no hay que preguntar lo que fué la elocuencia política. Aquel día los Cinco propusieron la primera enmienda. Poco á poco fué haciéndose más atrevida su intervención. En 1863, Thiers y Julio Simón, seguidos de algunos otros vinieron á aumentar el número y el peso de los votos de la oposición. Por último, el decreto de 19 de enero de 1867 señala la transformación del Imperio autoritario en una monarquía liberal, transformación que no se consumó realmente hasta marzo de 1870. Entre tanto habían tomado posiciones los abogados del gobierno y sus adversarios, habían probado sus fuerzas y habían marcado la evolución de la elocuencia parlamentaria en el sentido de la libertad.

Baroche y Rouher, defensores ordinarios del poder, creyeron ganada la partida y se dispensaron de emplear el fuego oratorio y el estilo. Dos de los Cinco, Hénon y Darimon, dieron honrosa prueba de sus buenas intenciones : los otros tres, Julio Favre, Ernest Picard y Emile Ollivier, fueron oradores.

Julio Favre, más ilustre como abogado, era un católico de matiz místico y sentimental. Este « tribuno suavizado » fué sin embargo el jefe de la oposición hasta la llegada de Gambetta. Se mostró verdaderamente superior en las sesiones en que se habló de la guerra de Méjico. Las caricaturas le representaban con un dardo de serpiente y sin embargo no era ni venenoso, ni astuto. Improvisaba en un lenguaje de admirable pureza : su palabra se amplificaba con el calor y adquiría varonil firmeza.

Ernest Picard era más vivo y mas incisivo. Emile Ollivier se hizo imperialista á fines de 1869. Tenía la palabra elegante, y honró la tribuna con su facundia y vigorosa elocuencia.

Bajo el Imperio liberal, se reveló Julio Simón, profesor de la Escuela Normal, que había suplido á Cousin en la Sorbona, sin dar pruebas de otra cosa que de independencia. Habiéndose negado á prestar el juramento el 2 de diciembre de 1851, tuvo que renunciar su cátedra. Diputado de la izquierda, se mostró hábil más bien que vehemente, y patético antes que varonil ; no se imponía por su vigor en la lucha, sino que se insinuaba en los ánimos gracias á un encanto matizado y á una acción penetrante. Miembro del Gobierno de la Defensa nacional, como Julio Fabre, fué más largo tiempo que él orador del partido liberal bajo la tercera República.

También hay que colocar en la oposición liberal y « anticlerical » al príncipe Jerónimo Bonaparte, primo hermano del Emperador y yerno de Víctor Manuel. Antes y después de 1870, dió pruebas de gran vigor y precisión contra Rouher. Á fin de no dividir en partes este gran recuerdo, he esperado hasta ahora para hablar del Sr. Thiers. El orden de las fechas nos lo mostraba frente á Guizot, bajo Luis Felipe, en el curso de su duelo oratorio de ocho años con Guizot. Carácter, opiniones, educación, talento, todo era en ellos opuesto.

Los dos con cualidades y procedimientos diferentes han obrado poderosamente sobre el mundo parlamentario ; Thiers con menos elevación y menos generalidad en cuanto al espíritu, pero con más extensión y movimiento ; con menos método y dialéctica en la argumentación, pero con más naturalidad y abandono ; con menos gravedad, pero con más ocurrencias y frases imprevistas. El primero convencia más con la lógica, el segundo interesaba más con la vivacidad y manejo del lenguaje ; el uno era más optimista, el otro más perspicaz ; el uno conocía más los libros y el otro á los hombres ; el uno, tenía una voz armoniosa que penetraba por los oídos como el sonido de una campana ; el otro se hacía oír á fuerza de hacerse escuchar ; ambos se desarrollaron con la lucha, de modo que jamás fué más grande su talento que en los últimos años de su vida pública. (BARDoux.)

Lo que más interesa conocer sobre todo son los quince últimos años de Thiers para poderle hacer justicia y colocarle en el puesto que le

corresponde, que es uno de los primeros, lo mismo en la elocuencia que en la historia. No llegó á él, sino á fuerza de voluntad y de trabajo. Su físico era desfavorable, su voz gangosa y sin embargo le gustaba hacer ver su pequeñez.

Cormenin le llamó « el Bosco de la tribuna »; se ha dicho también que era « profundo como Scribe. » Pero se ha podido decir igualmente que había elevado la conversación familiar á la altura de la elocuencia y se le debe saludar como al mayor orador público de nuestro país. Julio Simon, su colaborador durante los quince últimos años, ha trazado de él un hermoso retrato.

Sí, si se quiere, su estilo oratorio es flojo y descuidado y á veces vulgar. « Tuvo ideas portátiles ». Sus colegas ignorantes le agradecían mucho que les explicase menudamente los negocios. Se transparenta, aún en sus discursos impresos, su modo de hablar que era marsellés, vivo, salpicado de rasgos maliciosos, de entonaciones imprevistas, pero verdaderas. La palabra se repite, quiere convencer por medio de la insistencia. Escúchese este episodio característico :

Hace más de veinte años, visité por primera vez á un gran país : Austria. El pueblo austriaco es bondadoso y valiente. Lo visité, repito, hace más de veinte años; su tranquilidad era perfecta. Unos cultivaban sus campos, otros se entregaban á los negocios y el gobierno gobernaba : cada uno ejercía su profesión. Era, lo repito, un pueblo bueno y tranquilo. ¿ Sabéis qué extraña libertad tenía ? Cuando le ví por vez primera tenía un soberano anciano, á quien el pueblo de Viena llamaba el viejo Francisco. Este príncipe que había compartido las circunstancias buenas ó desdichadas de su país, era muy popular. Paseábase diariamente por las calles de Viena, con traje ya usado, enteramente solo, sin ayuda de campo, y hablaba con todo el mundo. Hasta iba hacia ciertos barrios oscuros de Viena á visitar á algunos amigos con quienes tenía frecuentes coloquios, y cuando volvía solo á su palacio, objeto del afecto universal, conocía la verdad. He aquí la libertad que reinaba á orillas del Danubio hace veinticinco años. ¡ Pues bien ! Digo yo á todos los hombres de buen sentido : ¿ Existe hoy algún pueblo capaz de acomodarse á semejante libertad ?

Decía ésto en 1864 en su obra maestra, *las Libertades necesarias*. Después de 1871, la oratoria del jefe del Estado se hizo más noble y más hábil. Su acción en la tribuna se veía secundada, hasta en presencia de un auditorio hostil, por el recuerdo de su largo y brillante pasado, por la popularidad de sus grandes trabajos, por la imagen inolvidable de las catástrofes antiguas y recientes que había querido sinceramente desviar de su país, y por el prestigio incontestable y augusto de los servicios prestados.

Henos ya en la tercera República.

Todos los hombres políticos son, desde 1871, improvisadores ; las diferencias entre nuestros grandes *debaters* se reducen con mucha

frecuencia á simples matices y no será posible atenerse rigurosamente á la elección de la Academia Francesa. En los últimos treinta años del siglo, el Mediodía se ha visto menos elocuentemente representado que el Norte y sobre todo que el Este.

Por lo demás, no todos los discursos célebres han sido hermosos discursos.

Al principio hubo, en pro y en contra de Thiers, dos generaciones de oradores, la de los veteranos de 1848 ó de los militantes del Imperio, y la de los « hombres de 1870 » ó de los amigos de Gambetta.

En la Asamblea nacional, pudo contar Thiers seguramente primero, consigo mismo, con Julio Favre durante un momento y con Julio Simon siempre, pero ¿ de qué podían servirle oratoriamente Julio Grévy y Madier de Montjau, estos dos « recuerdos de 1848 » ? El primero había conservado su severa elocuencia, pero, en el sillón presidencial de la Asamblea, no podía ejercer gran influencia. El segundo, antiguo barricadero y buen hombre, seguía siendo un antepasado.

El duque A. de Broglie, jefe del partido realista y su séquito, algo pasado ya también, tuvo que habérselas con el fogoso Gambetta y su joven estado mayor.

El duque Albert de Broglie (1824), hijo del duque Victor, puso al servicio de su príncipe una abnegación admirable, una palabra altiva, pero su voz era demasiado débil y se le oía mal. Hoy día puede releérsele. Sus tenientes, Sres. d'Audiffret-Pasquier, Buffet y Chesnelong, fueron, como él, hombres de dignidad personal y de talento parlamentario y oratorio.

El duque d'Audiffret-Pasquier (1823), hijo adoptivo del canciller Pasquier, fué un parlamentario en el más noble sentido de la palabra. La presidencia de la Asamblea nacional en su último periodo y la presidencia del primer Senado de la República coronaron una carrera recién empezada, y la Academia francesa le admitió en su seno aunque no había publicado nada.

Buffet (1818-1898), que había empezado su vida política en las Cámaras bajo Luis Felipe y había sido de la oposición en 1873, fué un orador nervioso. Chesnelong, un negociante que entró en la política en 1848, hablaba con corrección y abundancia.

Estos tres oradores sobresalieron en las discusiones financieras, pero el curso de los acontecimientos los obligó, después de 1863, á lanzarse, á pesar de su edad á los debates irritantes de las cuestiones religiosas y de enseñanza. Allí se encontraron con el infatigable obispo de Orleans Mons. Dupanloup, pero sólo lograron, en su compañía, hacer estimar su abnegación.

Los tres habían echado del poder á Thiers y aconsejado al « príncipe » que aceptase la bandera tricolor. Fracasaron, porque tenían que